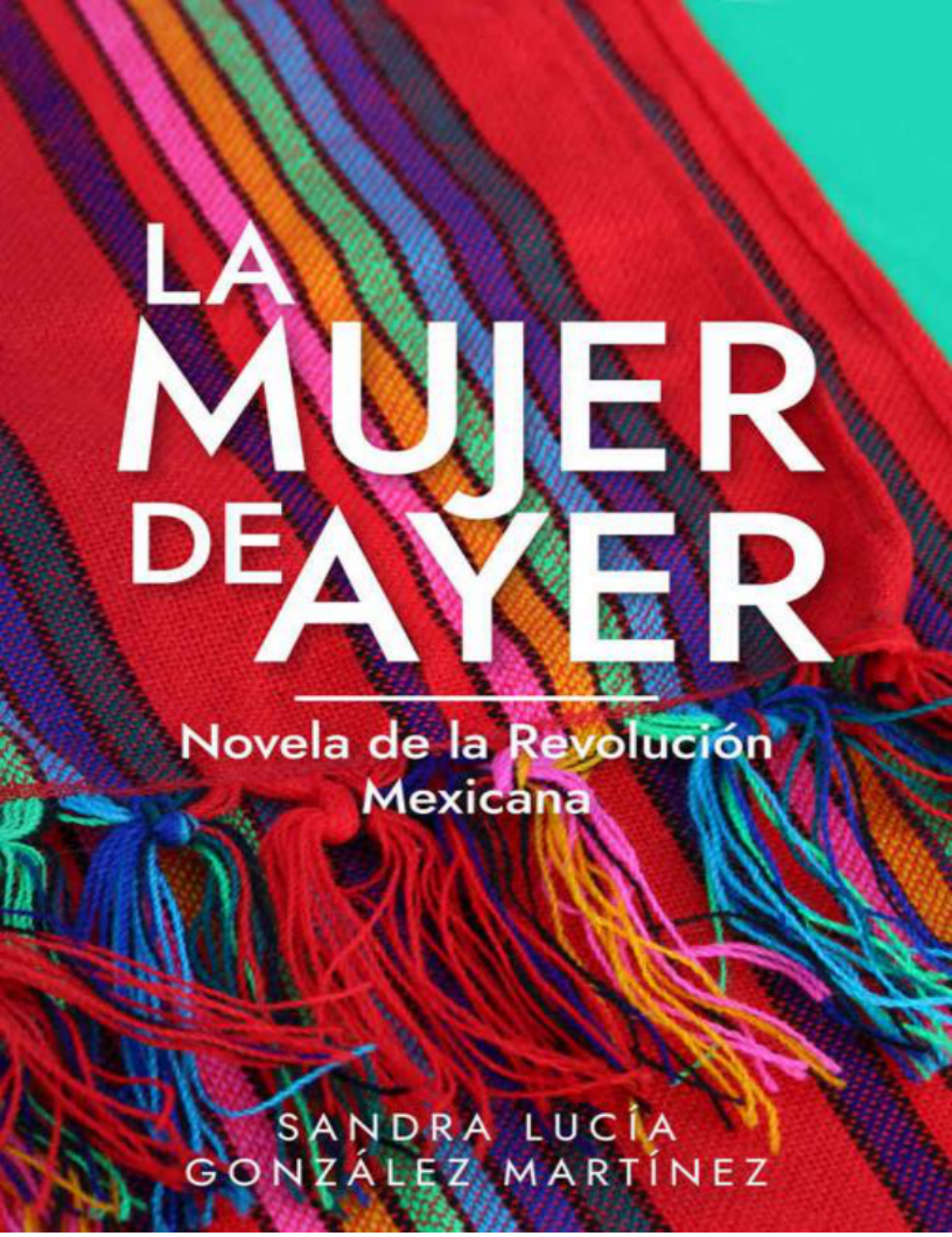
LA
MUJER
DE
AYER
Novela de la Revolución
Mexicana
SANDRA LUCÍA
GONZÁLEZ MARTÍNEZ

LA MUJER DE AYER
Novela de la Revolución Mexicana.

Sandra Lucía González Martínez

ÍNDICE

1. Mi 30 30
2. LEODEGARIO
3. DISTINTOS CAMINOS
4. LA CASA DE LOS ARCOS
5. EL AMOR LLEGA A MI VIDA
6. DEL TIEMPO A LA FECHA
GLOSARIO

AGRADECIMIENTOS

Agradezco con todo el amor a mi hermana Ana Mercedes y mi padre Antonio por motivarme a seguir adelante con el arte de escribir.

1. Mi 30 30

Veinte de noviembre de 2011. Cuestioné todo lo que sucedió en mi vida. Si fue premonitoria o lo había causado yo misma. Pedí que mi madre durara más de 100 años y cuidarla…hasta cambié la baraja para que fuera mi voluntad y no fue así. Excepto mi perro, ese duró más de lo que pensé.

Ya tengo 115 años y estoy en mis cabales. Me mantengo activa. Vivo la vida en fiesta, para cuando llegue la huesuda decirle que espere a que me termine la cerveza y baile el último son. Ahora no sé por qué se olvidó de mí.

Me gusta hablar de mis colegas ancianos, porque creo que saben más de la vida por lo que han sobrevivido, que por lo que se vive. Algunos jóvenes tienen un mundo fantasioso de logros muy superfluos. No hablan de batallas, ni de cómo sobrevivió el amor en medio de la simpleza de ser uno y otro. De esas cosas que se conquistan, de aceptar no ser nada ni nadie. Allí es cuando se descubre el verdadero ser.

Yo me llamo María Raquel Ascensión y esta es mi historia.

Rielera por obligación y no por elección. Había que cargarle todo al revolucionario, hasta las quejas de su abuela. El hombre era lo único que valía, pero un día me revelé y les diré por qué.

Sucedió en un día lluvioso. Cargaba todo como montaña y enfermé. No tenía derecho a atención médica. Caminaba tras los revolucionarios y caí con fiebre. Me cascabeleaban los dientes y sudaba frío. Mis pies estaban atascados en el lodazal. No pude más y decidí no levantarme. Observé a uno de ellos que me vio caer. Mis mejillas estaban en el fango y mis ojos estaban borrosos salpicados por el agua negra. Perfectamente seguí a ese hombre dirigirse al caballo. Tomó de él la reata y venía hacia mí. Quería golpearme para que me levantara. Y como dije antes, cargaba todo… también armas. Arrastré mi mano y pude agarrar la 30-30. Se acercó más y no dudé en cargarla. Le apunté y se detuvo. Aventó la reata y se fue. Descargué lo que traía en mis espaldas y me enrosqué hasta que paró de llover. Las

otras rieleras me miraban queriendo ayudar, pero no les fue permitido. Siguieron su camino. El tren se puso en marcha y cuando ya no pude divisarlos, vi a un pastor y su rebaño, fue él quien me levantó. Tan pronto me echó en su hombro, el pueblo llegó como buitre, se robaron todo lo que cargaba.

Llegué a la casa del pastor y su esposa, Gudelia, tomó mis cuidos. Los primeros días estaba la boruca afuera de la casa, hasta se asomaban por la ventana para saber quién era yo. La gente argüendera que le decían a Gudelia que tuviera cuidado, porque era rielera y no eran bien vistas, además atraían a revolucionarios broncosos. Poco a poco pasaron los días y vieron que nada de eso era verdad, fueron llegando uno por uno. Llegaban con café, otros con pan, otros con caldo de gallina y así llevaban comida y todos decían: es para la rielera, hasta que dejé de estar atiriciada y salí al corral para que me diera el sol.

Ya curada me dijo el pastor:
—Si quiere la puedo llevar a su casa, m´ija.

Yo contesté:

—Cuál casa ni que mis narices, yo allá no regreso. Un día le explicaré. Lo que yo quiero es trabajar y pronto.

Gudelia me dijo que llevaban chivas a la hacienda “Los olivos”. Un día que iban a intercambiar animales, me fui con ellos y pedí trabajo. Me dijeron que solamente de cocinera y acepté. Era una hacienda de españoles.

La cocina era grande y salvaje, pues teníamos que matar a los animales para cocinarlos; acuchillar a los cerdos, estrangular a las gallinas y la verdad yo, rejega de hacer eso decía:

—A mí denme una carabina y yo mato gansos en el aire, no me hagan padecer más.

Un capataz me dijo que no diera lata, que las mujeres no podían usar armas y yo contesté:

—¡Ah, no!

Y al día siguiente tomé mi 30 30, que fue lo único que no solté el día que me rescató el pastor. La carga aparecía por todos lados, sólo tenía que hacer trueque.

Ansina fue que empecé a cocinar en la hacienda. Aprendí de todo, desde hacer tortillas de harina, hasta el strudel que no era un postre español, pero muy copiado por los de la hacienda. Nomás tenía que preparar bien el horno de adobe, para que este postre saliera bien crujiente por fuera, entre otras cosas. De las comidas españolas que nos pedían aprendí a la perfección la fabada, natillas, bocadillos que se comían cuando bebían, los embutidos, quesos, mantequilla, cremas entre tantas otras comidas.

Les contaré lo que me pasó allí. Un día me quedé hasta la madrugada lavando trastes y limpiando la cocina, después de una cena que festejaron mis patrones. Todos se fueron a dormir y yo ya estaba en las últimas de terminar, cuando de repente llega el peón a la cocina y me dijo:

—Llegó más gente, amigos de los españoles. Atiéndelos y llévalos a dormir, dales un cuarto.

— ¿No sé a dónde llevarlos?

—Tú ve y dales un cuarto.

Agarré mi quinqué y fui alumbrando el camino. Los cuartos estaban seguidos de una puerta a otra. Tenías que cruzar por donde los otros dormían. Era el padre y su hijo ya mayor. Entramos a un cuarto y había, en dos camas, gente durmiendo. Luego pasamos al que seguía y había más gente y pasamos otro y estaban desocupadas las camas. El hombre mayor se tiró en la cama y apenas tocó la almohada y ya estaba roncando. El hijo se dejó venir hacía mí y me quitó el quinqué. Salí corriendo y de pronto apareció el hijo del patrón todo trajeado, de sombrero de copa alta, cerró la puerta y no lo dejó entrar. Se acercó a mí. Yo lloraba afuera de la cocina, pues el huésped se atrevió a querer tomarme por la fuerza y no lo permití. Como pueden ver, era arisca y no me dejaba de nada ni de nadie. Pues ya estaba en edad y aunque traía mis trenzas, ya no parecía una niña. Aluzándome con un candelabro, me dijo que era peligroso que me quedara a dormir en la hacienda. Así que pedí al pastor y a su esposa regresar. Que les pagaría, si ellos aceptaban, y me dijeron que sí.

Hice de la cocina mi terruño. Grande, con esa chimenea de barro, mosaicos pintados a mano y sus fogones arrebatados. Esos olores, mezcla de hogar y sabor. Calientita en invierno con ese café y leche bronca hirviendo y el olor de la leña calentando la caldera para

aguantar el frío. En el verano con el calor de más de 40 grados, abríamos las ventanas de par en par. Agua de alfalfa para refrescar. Sacábamos el agua de las tinajas de barro, tan fresca, hasta helechos salían por fuera de ellas. Tomábamos el hielo de ese cuarto que era el congelador.

¿Que si disfrutaba de la hacienda? Sí señor. Me adjudicaron el nombre de *rielera*, porque ya no solté mi 30 30 y era respetada por todos. Aunque parecía adulta arrastrando eso, disfrutaba como una niñota. Pedía a las cocineras ir a traer el agua. Me subía al remolque y agarraba los tambos para que no se voltearan. Llegábamos a cargar agua y de regreso me gustaba que salpicara en mi delantal con el trote de los caballos y las zanjas en el camino. ¡Qué maravilla!

En algunas ocasiones me dejaban ordeñar cuando iba por leche. Me tomaba un momento para estar con las gallinas cuando recogía los huevos colorados y disfrutaba de esos momentos. Eso sí, un día enfermó "El español" y requerían hacer caldo de pichón para la cura. Tenía que arrebatarle a la paloma su hijo. Tomé agallas… trepé y le pedí perdón cuando lo agarré de su nido. Llegué a la cocina, lo maté y preparé el caldo. Finalmente, mi patrón se recuperó. Por el resto, para mí fue felicidad. Trabajar en la hacienda en medio de lo que sufría el pueblo por la revolución. Esa ambivalencia de felicidad y lucha. No empatizaba con muchos por trabajar con los hacendados. Tuve un mal sabor de boca no por la batalla, sino por esos que por la fuerza fui tomada.

Conocí al hijo del caballerango. Era casi como yo. Parejos de la edad y también de tamaño. Me decía que era muy lejos cuando regresaba a casa. Peligroso al caminar tanto, porque podía ser tomada otra vez por los revolucionarios. La lucha de regresar a dormir a la casa del pastor era constante. Me escondía tras las tapias mientras estaba la trifulca, por no decir combate. Hasta que un día, el hijo del caballerango me dijo que hablaría con su padre y con el patrón, para que me prestaran un caballo. Me enloqueció la idea, pues ese era mi sueño, saber montar un caballo. Mientras fui rielera siempre fue lo que quise, pero tenía que andar a pie. Un día que salí de trabajar me dio la noticia: ¡tenía un caballo! era pinto, un poco rebelde, y si podía domarlo, me sería permitido para ir y venir de la hacienda.

Un día, mientras Casimiro, el caballerango, me enseñaba a domar el pinto, veníamos de arrear novillos de esos extranjeros, café con blanco. Entrábamos a la hacienda atravesando esos arcos de cantera gigantes, que después supe que en medio de los arcos estaba la fecha

de 1875 y que delimitaban las hectáreas. Dónde uno de esos novillos se me deja venir y Casimiro me dijo:

—O corres el pinto y te alejas del novillo o te impones y lo llevas con el resto del ganado.

Y pos no le tenía mucha confianza a mi caballo todavía, para correrlo. Quién sabe hasta dónde me iba a llevar. Pues lo que hice fue bajarme del pinto. Confrontar al novillo, arrearlo y que se deja venir como un real toro. Alcanzó a jalar mis enaguas. Me jaló Casimiro y me subió a su caballo y pude sortearlo.

Así que Casimiro me enseñó, primero a domesticarlo y una vez domado ese caballo se volvió mi mejor amigo. Llegaba y escapaba muy rápido de entre las peleas de la revolución.

Con los españoles, la música sonaba con un gramófono, entre los trabajadores, en especial, los que llegaban a la cocina, cantaban los corridos de la revolución con sus guitarras, aunque, cuando los patrones aparecían en el lugar, por respeto se detenían. A ellos les costaba mucho mantenerse, porque cada vez pedían más insumos los revolucionarios. Los dueños de esta hacienda estaban de su lado y se mantenían en pie por esa causa.

Cada vez se escaseaba más todo. Había menos trabajadores. Hasta que llegó el día en que yo tenía que ir por la leña al monte, porque Leónides y su burro ya no estaban. Le dijeron que ya no había dinero, ni la tienda de raya para su pago.

Cuando ya no pudo más sostenerse la hacienda por la revolución, todos fuimos despedidos, mientras ellos se mantenían en la casa subterránea. La verdad yo pedí quedarme un poco más mientras resolvía mi vida. Pensaba regresar a las coyoteras donde nací, para saber ¿qué había pasado con mi hermanito? Era mi única familia, ya que mi madre había muerto y mi padre se volvió a juntar con una fulana con tres hijos.

Sin paga, permanecí sirviendo a los españoles unos meses más, hasta que arreció la revolución.

2. LEODEGARIO

Un día azotaron la puerta de hierro forjado que llevaba al subterráneo. Eran los revolucionarios. Tenía salida a la casa del caballerango. Los españoles salieron por allí.

Ellos dijeron:

—Sepárense y cada quién escape como pueda.

Casimiro y su padre tomaron el caballo azabache y yo los seguí. Tomé mi caballo pinto. Como a los diez metros le dispararon al caballo y al caballerango. Casimiro cayó junto con ellos y corrió a esconderse entre las nopaleras y yo esperé a lo lejos. Cuando divisé que iban tras mis patrones, les gritaban "malinchistas". Regresé por Casimiro y montó el pinto junto a mí.

No tardé mucho en pensar ir a ver a Gudelia y su esposo, para saber cómo estaban, pues ellos habían salvado mi vida.

Casimiro y yo corrimos el caballo a toda velocidad y pa´ mi sorpresa ya no estaba ni las chivas. Una mujer lloraba y dijo que los mató el opositor y a su hijo se lo llevaron los revolucionarios.

—¡Mi padre! —decía Casimiro llorando. Quería saber de sus hermanos y su madre.

—Aguanta como los machos —contesté observando todo el desastre.

A lo lejos no más se veía la polvareda que levantaban los caballos de los revolucionarios.

—No podemos regresar por ellos —le dije. Tenemos que encontrar un escondite. Están por todas partes y lo peor, del otro lado de la loma, está el contrincante.

—¿A dónde nos escondemos? —preguntó Casimiro.

—Tengo un pendiente que revolotea en mi cabeza. Mi hermanito. No sé si hasta allá anden los revolucionarios. Tú decides Casimiro ¿Te quedas aquí o me acompañas a las coyoteras?

—¿Pos cómo? ¿Descalzo y a pie? Yo voy contigo.

Nos arrancamos por caminos desconocidos escondiéndonos de todos, porque andaban cercas. Como pudimos, llegamos a las coyoteras y ya no había nadie. Nos quedamos un rato escondidos. Descansamos y no traíamos nada; ni comida ni agua. Llegué a la casa de mi padre. Lo único que encontré fue agua en la tinaja. Llené el guaje y lo amarré con un mecate. La poca gente que vivía ahí, se había marchado.

Buscamos bien por todas partes y al final en la última cueva estaba un anciano que quiso morir en su hogar. Pregunté por mi familia y dijo:

—Se llevaron a los hombres a la revolución, los demás corrieron y ya no supe quién se escapó.

—Mi hermanito —lloraba desesperada. ¿Te quedas o vas conmigo Casimiro?

—¡No, pos voy!

Fuimos en busca de Leodegario, mi hermano. Casimiro, en todo el camino me decía:

—¿Por qué tienes pendiente? Ser revolucionario es de valientes y de honor. Tu hermano estará orgulloso de servir a la patria.

Toda esa cantaleta la escuché por largo rato.

Yo le contesté:

—Muy valiente y macho es servir a la nación, pero yo lo he de ver antes de que lo maten. Y ese gusto me daré. Si quieres regresamos a la hacienda para saber de tu familia, aunque con lo que pasó, no creo que sigan ahí. Te dejaré en la hacienda, para que sigas tu camino. Yo por mi parte andaré tras los revolucionarios, lo he de alcanzar a él.

—Vamos y en el camino vemos si me dejas —dijo Casimiro.

Antes, a mi pinto le dimos de beber agua y dejamos que comiera pasto. Joven y lleno de energía lo montamos.

Tardamos horas en regresar y para nuestra suerte, la hacienda ardía en llamas.

Yo entré del otro lado, donde todavía no llegaba el fuego. Se habían llevado todo. Entré a la biblioteca, estaba una vitrina intacta, allí guardaban los libros más antiguos. No dudé en romper el vidrio y los tomé. Nadie los iba a rescatar y el fuego no paraba. Siempre fueron un misterio, porque los guardaban bajo llave, como libros muy sagrados. Tomé una manta y la hice morral y guardé algunos de ellos.

Juré que aprendería a leer, sólo pa´ saber de qué misterios se trataban.

Regresé con Casimiro donde él buscaba por todos los rincones a su familia. Yo por dentro sentí compasión de él, pues era tesonero en buscarla. Ya sabía que no la iba a encontrar.

—Ríndete Casimiro —le dije.

—¡Achis! porque no te rindes tú de buscar a tu hermano.

—No, pos sí, ya somos dos.

—Yo iré contigo, María Raquel Ascensión. Igual me encuentro a alguno de mi familia. Comeremos nopales, quelites, ratas o lo que sea en el camino, pero antes, tenemos que ir a ver a Bernardo, el que nos vendía los caballos, pa´ que me preste uno, y de paso, le preguntamos cuál es la ruta de los revolucionarios.

No es muy lejos. ¿Quién sabe si lo encontremos también?

Montamos mi caballo y yo ya llevaba carga, de un lado mi 30 30 y del otro lado los libros antiguos.

Subimos a un cerro y esperamos hasta el amanecer.
Al día siguiente buscamos la casa de Bernardo. Estaba sola. También se había ido. No había ni un caballo. Tras lomita vimos uno. Era de esos broncos que domaba don Berna. Ése no se lo pudieron llevar.

—Entremos por una reata y esperaremos a que esté cerquitas y lo

domaremos como a tu caballo pinto —dijo Casimiro. No podemos forzar con más peso a tu caballo. Necesitamos éste, creo que nos costará un rato.

Casimiro aprendió mucho de su padre en la hacienda, entendía a los caballos. Hablando su idioma y haciendo sonidos, nos acercamos pa´ ganar su confianza. El bronco nos entendió y más a Casimiro. Le hizo un llamado y el caballo no dudó en venir. Lo lazó y lo dominó en poco tiempo. Esperamos un día más en casa de don Berna. Tenía todo. Lo único que se llevaron fueron los caballos.

Estábamos listos para encontrar el grupo de revolucionarios. No sabíamos quiénes ni dónde, pero mi hermano tenía que aparecer con ellos.

Tomamos camino sin rumbo. El montó el alazán y yo mi pinto. Cargamos comida y agua. Recorrimos pueblos donde la gente decía que iban los revolucionarios. De cerca divisábamos entre ellos y no lo encontramos.

Una noche mientras dormíamos, una gavilla nos robó el agua y la comida. Habíamos cazado liebres y con la fogata llamamos su atención. Cuando estaban a punto de tocarme, accioné mi carabina, después ya ni el polvo les vi.

Decidimos llegar a una parcela y sus dueños. La familia que vivía en ese lugar nos acogió. Caímos casi muertos de cansancio al igual que los caballos. Comimos y dormimos. El jefe de familia nos explicó del por qué debíamos luchar en la revolución. Yo la verdad antes ni entendía, pues estaba acostumbrada a la sumisión. Ni sabía de los derechos y tampoco que los tenía. Mi padre no le trabajaba a nadie. Hacía e intercambiaba carbón. Vivíamos tan lejanamente, que no entendíamos lo que sufría el país. Hasta que llegaron los revolucionarios. Fui tomada a la fuerza y mataron a mi madre, porque ella se negó. Los revolucionarios fueron una carga para mí. Ese día entendí la situación que todos vivían. Terratenientes más poderosos y el trabajador más sometido. Yo le respondí a ese señor.

—Le doy las gracias, por sus atenciones y dejarnos pasar la noche. Mi patria también es mi familia. Lucharé por eso, aunque tenga que unirme a la revolución. Buscaré a mi hermano y pelearé. Mi razón será él. Y si el opositor se cruza no dudaré en defender mis derechos.

Nos fuimos de ahí y no tardamos mucho en unirnos a un grupo de

revolucionarios. Lo primero que hice, buscar si Leodegario andaba con ellos y no lo encontré. El grupo descansó de noche y el opositor los agarró dormidos. Casimiro y yo no dormíamos de noche, por esa razón pudimos escapar.

Casimiro empezó a chillar como niño. Le daba miedo de sentir la muerte. Yo entristecía de ver cómo se consumían los pueblos; desterrados, amuinados… y cómo ardían las casas.

Después de dormir un par de horas, tomamos camino y la verdad, la boca se nos despellejaba con ampollas de no tomar agua. Ni un árbol y el sol nos amenazaba. No encontrábamos ni liebres ni palomas pa´ comer.

Teníamos que recorrer más camino para encontrar a los revolucionarios. La regla era no dormir y menos yo como mujer.

Pronto encontramos las vías del tren. Esperamos unas horas bajo un mezquite. A lo lejos vimos que se acercaba. Yo sentía muina por los que me traían de rielera y temía encontrármelos otra vez.

Le dije a Casimiro:

—Si me encuentro a los revolucionarios con los que andaba, yo me regreso.

—No nos queda de otra. Si no ¿cómo encontraremos a tu hermano o a los míos? Tenemos que agarrar fuerza para seguir el tren.

—Cualquier otro grupo de revolucionarios, menos los del tren —contesté respingando.

Agarré fuerza y cambié de opinión.

—Seguiremos el tren y si se detiene, nos uniremos. Buscaremos entre ellos a mi hermano y si no está él, diremos que somos de batalla y queremos pelear. Lo haremos y si se unen a otros mi hermano podría aparecer.

Una vez que pasó, lo seguimos y se detuvo más adelante porque había otros que se unieron. Nos vieron de a tiro refeo.

Casimiro dijo:

—Moriré por mi patria. Pelearé hasta el fin.

Ellos aceptaron y le dieron un arma a Casimiro. Nos fuimos con ellos y los que conocí cuando me traían de rielera, quizá ya estaban muertos. No vi a ninguno de ellos.

Empezamos a buscar a mi hermano entre todos, hasta despertamos a los que iban durmiendo y nada.

Me mantenía fuerte porque se aproximaba la pelea con el opositor.

El tren empezó su marcha y tomé carrilleras pa´ mi carabina. No quisimos dejar a los caballos para viajar en el tren. Estaban muy cerca las trincheras donde iban a esperar al opositor.

Comimos y bebimos aguardiente pa´ darnos más valor mientras se preparaban con los estrategas.

El pinto estaba un poco débil, pero el lugar estaba cerca. Corrimos al lado del tren. Nos escondimos tras las trincheras, pero no dejamos al pinto ni al alazán. De pronto, vi a aquel hombre que me dejó medio muerta bajo la lluvia. Era Marcelino, ya traía nueva gente. Cuando me miró, me reconoció. Yo no agaché la cabeza y le dije:

—Si, soy yo, por si no sabía mi nombre, María Raquel Ascensión. La que no pudo más y se quedó tirada en el lodazal.

El me miró con un odio…

—Suerte que estás viva—me dijo. Deja ese caballo a uno de mis hombres y ve a cargar carrilleras donde están las otras.

—No vengo a que me dé órdenes —contesté. Vengo a pelear por mi cuenta. Yo mesma me enfrentaré al opositor.

Ganas no le faltaron pa´ levantar su arma. Yo me mantuve firme. Se dio la vuelta y fue con la gente a prepararse en las trincheras.

Fueron llegando más revolucionarios y entre ellos, buscaba a mi hermano.

Nos enfrentamos al enemigo, con armas, machetes, palos y pelee como animal salvaje. Usé mi carabina y cayeron unos cuantos. Casimiro y yo regresamos a las trincheras y apuntamos a los contrarios que ya se

acercaban, mi 30 30 no cargaba y le pedí un arma al de al lado, y cuál sería mi sorpresa, que ese al que le pedí el arma, era mi hermano.

—Leodegario —lo abracé y el me reconoció, ¡cómo no!

Muy pronto nos soltamos y cargamos las carabinas. Me moví un momento para ir por Casimiro y cuando regresamos vimos cómo se llevaba el opositor a mi hermano. Lloré y grité, no de tristeza, sino de enojo, porque me había movido.

Al final de todo ganamos la batalla, pero ya no estaba mi hermano. Se lo había llevado el opositor.

Teníamos que rescatarlo pronto, porque ellos también fusilaban como lo hacían los revolucionarios.

Yo les dije a ellos:

—Vamos por mi hermano. Debemos rescatarlo.

—Ganamos la batalla, no hay mucho qué hacer.

Había un hombre grande y alto. Un indio que se había unido a la batalla. Me escuchó y dijo:

—Si vale la pena rescatar a un hombre, vale la pena la guerra.

No podemos parar ni un momento, porque el tiempo vale oro. Ahora que ya sabemos qué es entregar la vida, luchar con el opositor no es cosa sencilla.

Casimiro, el indio y yo nos fuimos a alcanzarlos.

No soporté la tristeza y solté el llanto. Ya era de noche y Casimiro me decía:

—Tú me dijiste que aguante como los machos. No llores, tu hermano estará a salvo y además somos pocos, pero valientes. Enfrentaremos al enemigo y los volveremos a derrotar. Haremos las dos cosas, luchar por la libertad y rescatar a tu hermano.

—Sí —contesté yo.

El indio iba adelante, luego Casimiro y al final iba yo. Y de repente

que me oyen cantar:

¡Ay! cómo lloro cantando
Entre mezquite y nopales
El farol es mi luna
No me rajo, yo en la lucha

Yo no canto por derrotas
Si lloro son por las ruinas
Me adelanto por las noches
Tata Dios siempre me cuida

¡Ay! mis cardenches queridos
Que a mi lado me acompañan
En este que es mi camino
Yo me animo con mi son

Entre combate y combate
Corro vereda y caminos
Tomo mi carabina
Siempre apunto con valía

El que se duerme de noche
En su sombra no confía
Me adelanto en la guerra
Yo me fío de mi guía

El indio nos hizo señas de no hacer ruido, porque el opositor estaba acampando en una arboleda muy cerca.

Sequé mis lagrimas con mi muñeca y bajamos el galope, mientras subíamos el cerro. Desde arriba los divisamos. Y sí, ahí estaban los que se habían llevado, entre ellos mi hermano, amarrados como esclavos.

El indio era viejo lobo. Olfateaba todo y también intuía. Él nos dijo:

—Esperen aquí. Traeré a tu hermano y de ser posible rescataré a todos.

Él iba armado y manejaba muy bien el cuchillo. Yo la verdad quería ir con él y dije:

—Nosotros podemos burlarlos, mientras usted los rescata.

—No seas necia, nos atraparían a todos. Ustedes esperen y yo sé cómo. Quiero que se pongan listos pa´ cuando regresemos, salir corriendo más rápido que ellos.

Al lado del indio, nos sentíamos unos mocosos inexpertos. No por haber ganado esa batalla antes, quería decir que podíamos con todo. Así que fue a rescatarlos.

Lo primero que hizo el indio, fue espantar a sus caballos. Muy bueno en burlarlos y esconderse.

Era de noche y el opositor se puso en alerta. Pensaban que eran muchos revolucionarios. Tomaron sus armas y empezaron a esparcirse, descuidando a los prisioneros.

Nunca se imaginaron que el indio andaba por las ramas. Buscaron metro por metro, pero nunca voltearon pa´rriba, y entonces el indio llegó donde estaban los prisioneros y con su cuchillo los desató. Ellos, ya con miedo, hicieron lo mismo que el indio, y de noche, ¿cuándo los iban a ver? Trepaban y cuando se descuidaban, bajaban y corrían. Cuando llegaban, volvían a trepar.

La mayoría de los opositores buscaban a los alrededores a pie, porque no veían más movimiento. Y sí andaba uno que otro a caballo.

Una vez que se alejaron los prisioneros, el indio tenía que robar caballos, y esos mismos que el indio había espantado, les hizo un chiflido de pájaro y llegaron. No tardaron en montarlos. Casimiro y yo estábamos listos. El indio sabía el camino y cuando llegaron salimos como rayo.

No fuimos al pueblo ni con los revolucionarios. Llegamos a una laguna.

El indio nos dijo:

—Lo importante son los caballos. Tienen que beber y pastar lo suficiente pa´ seguir el camino.

Cuando los caballos estuvieron repuestos, nos pusimos en marcha.

Yo estaba muy contenta, por mi hermano. Pensé que iba a ser muy difícil rescatarlo, aunque la agilidad del indio me hizo saber que no.

El indio nos dijo:

—Queda la última batalla en esta región. Ya son libres. Pueden irse si quieren, o nos enfrentamos a los federales. Estamos en lugar seguro. Pueden descansar y pensarlo.

Los otros prisioneros dijeron:

—Tenemos miedo y además no tenemos armas.

De pronto nos volteamos a ver Leodegario y yo, con mucha valentía nos levantamos y dijimos:

—¡A rajarse a su rancho! Nosotros vamos a la última batalla, pos cómo no.

Yo insistí y dije:

—En primer lugar, ya iba decidida a rescatar a mi hermano. A pelear y respeté lo que dijo el indio. Ya estoy muy entrada pa´ seguir la lucha y lo haré con mucho gusto.

3. DISTINTOS CAMINOS

Tomamos camino los tres. El resto, no quiso seguir.

Yo la verdad no medía riesgos. Estaba segura de que la ganaríamos, porque ya nos habíamos enfrentado a ellos.

Nos tomó tiempo llegar a los revolucionarios. La tropa era grande y hasta había cañones. Las cabecillas hicieron sus estrategias. Yo quería ir al frente. No, me recomendaron porque esos morían pronto.

La verdad yo me despedí de Leodegario y de Casimiro. Mi hermano era muy firme y positivo.

Él dijo:

—Que se despida el opositor, no nosotros.

—No quiero morir. Lo enfrentaré con valentía, porque quiero seguir vivo, pa´ buscar a mi familia —dijo Casimiro.

Ya cuando acordamos, teníamos al contrincante en las narices. Tomamos posición como nos dijeron. Yo traía cargando carrilleras y también en mi pinto. A Leodegario y Casimiro les enseñaron cómo cargar los cañones. Y pos que se arma todo.

Los tiros nomás retumbaban. Los más valientes iban al frente y casi todos murieron.

Luego los que le seguían eran muchos y avanzamos de trinchera en trinchera y no se lo esperaba el opositor, ni tampoco que manejábamos bien los cañones. Donde apuntaban acababan con todo.

Yo perdí de vista a Casimiro y Leodegario.

Ansina puedo contar que en esa situación ya no te importa nada, más que salvar tu vida, y por supuesto sangre fría pa´ enfrentarte. No podía atarantarme, porque en un descuido podía morir. Ahí es donde te sale el instinto animal de la supervivencia. Me salieron hartas fuerzas y los confronté como pude.

Duró mucho el combate, hasta que desmayé y ya no supe más. Yo recuerdo que le tiramos al opositor varias veces y muchos cayeron muertos. Y cómo los cañonazos los hacían pedazos. Cuando me levantaron los revolucionarios me llevaron a una trinchera. Abrí los ojos y todavía seguía la pelea. El contrario cada vez estaba más lejos. Estaba débil y lo poco que hice fue cargar mi carabina. Chiflé a mi pinto y me encontró. Estaba muy asustado y lo pude montar. Alcancé más adelante a los revolucionarios. Y el contrincante ya huía y no dudé en disparar. Hasta que ellos se perdieron de vista. Detuve a mi pinto y caí de él.

Todos celebraban la batalla, pues habíamos ganado. Me cargaron y me dijeron: ya tendrás tiempo para descansar. Tenemos que regresar al pueblo festejando. Me alzaron para llevarme a un lugar seguro, luego me dejaron recargada en un mezquite y me dieron agua. No veía a Casimiro y Leodegario.

Vi muchos muertos que apilaban y pos yo buscaba si alguno de ellos estaría ahí.

Llegó un momento en que estábamos reunidos todos y cada cabecilla hizo un recuento de los vivos y muertos, y yo los seguía buscando. Finalmente apareció Casimiro sangrando de un oído, se le había reventado. Yo le pregunté que dónde estaba mi hermano Leodegario. Él no podía oír bien, pero supo que yo quería saber.

Ya en el tren lo subieron como inconsciente. Y yo no quería trepar, porque quería saber de Leodegario. Me empezó a entrar la angustia y que me pongo a llorar porque como no lo vi, pensé que estaba muerto. Ya se iba el tren y mi pinto ya no podía trotar. Así que subí con todo y caballo. No me quedé ansina nada más. Me puse a preguntar por los cañoneros:

—¿Saben cuántos han muerto de los de ustedes?

—Sí hay muertos, pero los pocos que quedaron van en otro vagón.

Dejé encargado a mi pinto, fui a buscarlo y al que encontré fue al indio.

Le dije:

—¿Sabe de mi hermano?

—No, pero podemos ir a buscar.

Seguí al indio y trepamos varios vagones con mucho cuidado de no caer.

Llegamos a un vagón que tenía asientos y cuál sería mi sorpresa, que vi a Leodegario muy acaramelado con una mujer…no faltaba más, una rielera.

—¡Canijo! —le dije. Hasta que te encontré. Yo buscándote preocupada y mira nomás tú. Haciendo la ronda a esa mujer. Ni preguntaste por mí.

El indio sonrió y dijo:

—Nomás falta que se la robe, ¿pa´ dónde?

—Ya ni me diga nada —contesté.

Volteé a ver a Leodegario y le dije:

—Eso sí te digo Leodegario, las cosas se hacen derechas. No vayas a salir con tu batea de babas.

Leodegario dijo:

—Ya ni la muinan, apenas voy contento y platicando con una mujer y ya es mal visto.

—Pos sí, Leodegario, hombre tenías que ser. Si ustedes no hablan así, porque sí, como su hermana. Siempre hay detrás una intención.

Y que le doy un manazo en la nuca.

—Tan chiquito y tan volado.

Le di las gracias al indio y como pude llegué al otro vagón con mi

pinto hasta que llegamos al pueblo.

Ya en el pueblo nos juntamos otra vez. Celebramos día y noche, esperando noticias de otros lugares.

Tocaba y tocaba la música y que me saca a bailar un revolucionario y cargaba su arma.

Él me dijo—: ¿Bailamos?

Y pos yo no quería bailar.

Insistió el hombre:

—¿Bailamos?

La segunda vez que preguntó, lo hizo agarrando el arma y ya no me quedó de otra que decir que sí. Y bailamos un chotis y no me soltaba y yo le dije que tenía que ir al baño. Me fui a la cocina de la casa donde estaba la música y me escondí detrás de una tinaja grandota.

Y entra aquel guerrillero preguntando:

—¿Dónde está mi bailadora? ¿Dónde está?

Yo hice señas a las mujeres que estaban ahí, que se callaran, que no dijeran que me vieron. Y el hombre se fue. Y yo no salí hasta que pasó mucho tiempo.

Luego supe que Casimiro fue atendido, primero por las curanderas y después se consiguió un doctor, el que curó a los que llegaron heridos.

Total, al final de cuentas se había ganado la revolución.
Después de poco tiempo nos dieron tierras a los que habíamos luchado en ella. Y a otros más pues.

Yo pedí tierras pa´ mí y Leodegario. Leodegario refunfuñó. Quería casa aparte, pues ya estaba muy entrado con la rielera. El que hacía la repartición le dio en otro lugar, un poco lejos de las mías. También a Casimiro le tocó su tierra.

Y como hablé con Leodegario de hacer las cosas derechas. Pronto pidió la mano de la rielera pa´ casarse.

Nuestros conocidos ahora eran los revolucionarios, y pa´ pronto se organizó la fecha de la boda. Leodegario fue la excepción de robarse a la novia, como se usaba en ese entonces.

Yo le pedí que fuera en las tierras que me fueron dadas.

Casimiro permaneció a mi lado pa´ ayudarme a construir una casita de adobe y otro hombre del pueblo nos quiso ayudar si ayudábamos a construir la suya. Leodegario hizo lo mismo en sus tierras.

Así que me puse amasar la tierra con los pies pa´ hacer los adobes.

Les dije:

—No quiero una casa grande, pero eso sí, quiero unos techos altos. Una cocina grandota como la de la hacienda y un porche con arcos pa´ poner mis mecedoras.

No nos tardamos mucho, porque otros más del pueblo nos ayudaron.

Era una casa típica del lugar con detalles estilo colonial como la hacienda.

A Casimiro ya le andaba por irse a buscar a su familia, yo le dije que, si ya había esperado mucho, que se quedara unos días más para la boda y él aceptó.

No había muchas bodas en el pueblo, porque a la mayoría se las robaba el novio, pero como la de Leodegario se había anunciado cuando se ganó la revolución, pa´ pronto todo el pueblo estaba enterado.

Dos días antes de la boda, empezaron los preparativos. Teníamos pensado hacer trueque con los animales pa´ la comida, porque tuvimos poco tiempo pa´ engordar los nuestros. De un lado y otro fueron llevando animales que regaló el pueblo; Chivas, puercos, becerros.

—¡Ah Caray! —expresó Leodegario. Sí que piensa venir todo el pueblo. Ya éste se había organizado.

Empezaron a adornar la calle hasta llegar a la iglesia. A ésta le faltaba un campanario por un cañonazo de las batallas anteriores, como se pudo se subió otra campana y se arregló, sólo para la boda.

Empezaron a llegar las mujeres del pueblo y se repartieron el trabajo. Unas se fueron al molino pa´ traer el nixtamal. Otros a matar animales y destazarlos pa´ que estuvieran listos pa´ el guisado. Eso sí, desde que empezaron los preparativos empezó la fiesta. La música sonaba y no paraba. Lo que se escuchaba eran los corridos de la revolución. Se oía toda la algarabía. En diferentes corrales se cocinaba la comida en ollas y cazuelas de barro, meneando todo el tiempo. Mucho mezcal, aguardiente y sotol apareció de la nada.

Llegó la tarde donde tenían que estar listos los novios para ir a la iglesia.

La novia salió de su casa con ese vestido de manta esponjoso y adornada con sus listones en la cabeza. ¡Qué colorida iba la novia! Eso sí, acompañada de su tío, porque su padre había muerto en la revolución.

De otro camino salió Leodegario muy bañado y peinado con su traje de algodón nuevo y sus huaraches recién comprados. Y pos cómo no. Yo iba a su lado pa´ acompañarlo a la iglesia.

Era un día caluroso y soleado. Caminó cada uno por su vereda. Leodegario y yo llegamos primero a la puerta de la iglesia.

Todo el pueblo se reunió ahí, puntualitos como se había dicho.

No tardó mucho en llegar la novia y atrás de ella la música con guitarras.

Toda la gente aplaudió. Entré con Leodegario hasta el altar, lo dejé y me quedé hasta los asientos de adelante. Luego entró la novia acompañada de su tío. Se juntaron y después entró el resto.

Casimiro estaba a mi lado, pos éramos los únicos familiares, bueno, nomás era yo. Del otro lado la familia grande de la novia y atrás todo el pueblo. Estaba que reventaba la iglesia, hasta gente se quedó fuera. Muy bonito sermón dio el padre y consejos pa´ los novios.

Una vez que se terminó la misa, afuera de la iglesia les aventaron arroz, harto arroz. Y los novios caminaron a mi casa. Y en la entrada ya estaban los músicos y nos recibieron con una buena polka, sí señor, pa´ ponernos en ambiente.

Duró la fiesta toda la noche y con la música le dimos vuelo a la hilacha. No paramos, hasta que amaneció.

Al otro día, a la gente que se había quedado dormida en el corral, se le ofreció café con leche y pan de cocedor. Y un poco más tarde se recalentó la comida y se hizo una torna boda. Los músicos aparecieron otra vez.

Leodegario ya se había ido a su casa con su esposa y en la mía seguía la fiesta.

En una de esas, entré a la cocina y vi a Casimiro asomándose por la ventana. A mí no me hacía tonta. Ya lo conocía y sentía su tristeza.

—¿Qué te pasa Casimiro? ¿Es tu familia? —le pregunté angustiada de verlo.

—Aquí todos están contentos, menos yo. Tengo que ir a buscar a mi familia. Alguno ha de aparecer. Si no lucho por eso, nunca sabré de ellos.

—¿Y si están muertos Casimiro?

—Por lo menos tendré su tumba y estaré en paz.

—Puedes tomar mi pinto. Ya está repuesto —le mencioné.

—Vi a mi alazán, ¿No creerás quién lo tomó? Marcelino, el viejo que te cae mal.

—Hay que dejar las cosas ansina. Pa´ qué pelear —dije yo.

—Ese caballo ni siquiera era mío, sino de Bernardo. Yo lo domé y me costó. Le agarré harto cariño.

—Hablando de don Bernardo. Allá dejé mis libros. Los escondí en su casa.

—Orita mesmo voy por mi bronco. Saca a los que quedan de la fiesta y vamos a buscar a don Berna. Iremos por tus libros.

Casimiro fue a buscar a Marcelino. Segurito estaba embriagándose por ahí. Yo por mi parte empecé a despedir gente, que estaba en mi casa por todas partes. Hasta que saqué al último fulano. Casimiro llegó con

el alazán. Me dijo que se había agarrado a golpes con Marcelino y pudo recuperar su caballo.

Yo tomé mi pinto y él su bronco. Recorrimos varios caminos hasta llegar a casa de don Bernardo. Él y su familia no estaban. Otros habían tomado su casa. No nos recibieron bien.

Ellos dijeron:

—¿Qué hacen aquí?

—Venimos a buscar a Bernardo.

—Él no está aquí y ahora esta casa nos pertenece.

—La razón por la que llegamos no es pelear, viajamos mucho para buscar al que vivía aquí. Déjenos descansar un poco.

La familia accedió y nos dejó entrar. Le dije que pasaría a la letrina y salí al corral. Agarré un palo y escarbé debajo del mezquite. Estaban encimita mis libros. Ya no quise entrar a la casa otra vez, porque verían mi morral aterrado. Le hice un chiflido a Casimiro. Él salió de prisa en su alazán y yo en mi pinto. La familia nos divisó enojada, pensaron que había robado otra cosa.

Los caballos que teníamos eran mejor que los de carreras. Así que casi volamos. A mitad de camino me dijo Casimiro:

—Ya estás en terreno seguro de regresar a tu casa. Si encuentro a mi familia regresaré a visitarte, si no, el destino nos volverá a unir.

Se fue, me encargó sus tierras y me quedé sola en el pueblo, un poco triste, pero preparada para hacerle frente a la vida.

4. LA CASA DE LOS ARCOS

Después de la despedida de Casimiro, esa noche no pude dormir. Salí al porche y me senté en la mecedora; estaba entristecida. Se oía el sonido de los grillos y una que otra lechuza que andaba por ahí.

El cielo estaba despejado y estrellado. Recordé unos momentos de cuando peleamos en la revolución. Ya había cambiado mi vida en santa paz, pero no me acostumbraba a ella.

Era una mujer de acción y la pasividad me daba ansias. Ya tenía mis animalitos, una tierra pa´ sembrar y sobrevivir.

Me levanté, saqué mis velas y mis libros. Después entendí que unos estaban escritos en latín. Pos yo ni en español sabía leer. Los únicos que sabían, eran los españoles y el cura de la iglesia. Así que tenía que ganarme pronto la confianza del cura, porque yo no era muy devota.

Empecé a aparecerme por ahí. Primero a misa los domingos y después iba casi todos los días al rosario de las cinco. No, me atrevía a decirle de los libros por si eran profanos, de esos que son contra la religión. Uno de ellos si era la biblia católica en latín y de allí me agarré, preguntando al cura, hasta un día se la llevé.

El padre de la iglesia no tenía mucho tiempo. Yo insistí y me hice mi orden del día. Me levantaba tempranito pa´ ordeñar mis cuantas vacas y alimentar a los animales. Como todavía no aprendía bien de la siembra, levanté mis hortalizas pa´ comer y recogía los huevos del gallinero. Luego me iba a la iglesia a servir. Le ayudaba al cura y él me decía que le daba gusto, porque no todas las jóvenes acudían tanto a la iglesia. Y de ahí me fui y me fui agarrando confianza hasta que le dije que yo quería saber leer y escribir y que también quería aprender el latín.

Él me dijo:

—Eres armada mujer. Testaruda. No tengo mucho tiempo, pero harás tus sagrados sacramentos y tendrás que saber de esa biblia que no sé de dónde la sacaste. Acá no se llega a eso.

Estaba siempre puntual a la hora que me decía el padre. Luego de aprenderme la biblia me preparó pa´ los sacramentos y los hice.

Después seguí estudiando. Aprendí al mismo tiempo a escribir el castellano y el latín. Me costó tiempo.

Cuando llegaba a la casa sacaba mis libros y los leía desde el inicio. Había palabras que no entendía y cuando me atreví a preguntarle al cura, me dio un coscorrón.

Me dijo:

—¿De dónde sacas esas cosas profanas?

Entendí que uno de ellos era de los dioses egipcios. Otro de curanderas. Había otro de cómo funcionaba el poder de la mente y hacer que todo trabajara con la energía del ser. Unos cuantos más que no le puse tanta atención como a estos.

Y así pasó el tiempo. Yo los seguí conservando como sagrados, porque eran cosa rara. Me dirían que estaba fuera de mis cabales, si yo contaba de eso. Así que fue mi secreto.

Me sirvió mucho lo de leer y escribir.

Le ayudaba al comisario, porque le llegaba la mensajería por tren. Y leía la correspondencia a los que querían.

Un día llegó una carta de un tal Alberto Meléndez. Decía que él fue el fotógrafo que andaba en la batalla de la revolución y mandó fotografías. En una de ellas estaba yo. Salía con Leodegario y Casimiro en la lucha.

Me veía y me recordaba con esas carrilleras y mi 30 30. De nariz chata, ojos negros grandotes, piel colorada como los indios y alta como los muchachos. No solía verme en los espejos y ahí me sorprendí. Eso sí, con cara de peleonera.

Un día, como era costumbre de estarme hasta muy noche en el porche leyendo, me quedé dormida y muy temprano se oía el alboroto. Decían que en el camino venía gente de afuera. Yo me levanté y fui a la entrada. Había personas trajeadas.

Yo dije:

—¡Ah, nomás eso me faltaba! Los caciques.

Eran hacendados que venían a pedir perdón.

La gente en un principio se opuso y los querían echar. Salió el juez del pueblo y detuvo la pelea. Pidió que los dejaran hablar. Yo la verdad, despeinada y acabada de levantar, me metí entre la gente. Vi al español con el que trabajé y otros que no conocía y casi me caigo cuando vi a la madre de Casimiro con ellos.

El español que fue mi patrón dijo:

—No queremos pelear ni hacer daño. Queremos empezar de nuevo, sin robar a nadie. Ni tomar peones sin paga. Amamos este lugar que fue el que en un inicio elegimos para vivir, pues fuera de nuestra patria la consideramos nuestra.

El juez se reunió con los consejeros del pueblo y pronto les dieron respuesta. Sólo permitieron quedarse a los españoles que apoyaron a la revolución y que nunca abusaron de los trabajadores, al resto los echaron.

—Vayan a su hacienda —les dijeron consideradamente. Eso sí, nosotros les repartiremos menos tierras, no las que tenían. Ni un trabajador tendrán sin salario. Nada de esclavos. Y si nos enteramos que hospedan a latifundios o caciques, los echamos otra vez. Los perdonamos y son libres.

Los españoles aceptaron con alegría, sin más qué decir.

Yo fui directa con la madre de Casimiro. Se emocionó cuando me vio y me preguntó por su hijo. Lo único que pude contestar es que se había ido a buscarlos. La mujer soltó el llanto. Yo la consolé diciendo que pronto iba a regresar.

—¿Qué pasó con sus otros hijos? —yo pregunté.

—A uno de mis hijos lo mataron el día que quemaron la hacienda y nos fuimos más al norte mi otro hijo y yo con los españoles, siempre pensando en Casimiro. Él se juntó con una mujer y se quedó a vivir allá, donde estábamos y la verdad pues yo quedaba sola y seguí sirviendo a mis patrones. Decidí regresar con ellos.

Después de hablar con la madre de Casimiro me acerqué a los que fueron mis patrones. El español ya no me reconocía, pues ya estaba diferente, pero yo sí me acordaba de él. Les ofrecí mi casa para que descansaran y comieran, ellos aceptaron. Les hice unos tamales rojos y un atole de masa. Mientras yo cocinaba, platicaban toda su odisea por la que habían pasado.

Pienso que a ellos en especial no les fue tan mal, porque siempre trataron bien al trabajador, excepto de hacer trueque. Al fin y al cabo el campesino era lo que quería, porque ganar dinero y comprar no era cosa fácil pa´ conseguirlo, sin embargo, ellos ya tenían los víveres, era más fácil.

Yo sabía que eran muy listos pa´ levantarse nuevamente de las adversidades, así como todo aquel que lo desea.

Ese día fue de asombro por todo lo que contábamos. También mandé hablar al indio y su familia, pos no vivían tan lejos de conmigo.

Los españoles no perdieron tiempo. Luego luego hicieron trato con él. Decían que lo primero pa´ levantar la hacienda y las tierras, tenían que tener caballos. Que habían buscado a don Bernardo, que era el que estaba más cerca y ya no vivía ahí.

El español dijo:

—No tenemos un caballerango, No tenemos nada para intercambiar caballos. Sabemos que tú dominas bien a los potros salvajes, por esos no piden tanto. Queremos hacer un trato contigo. Una vez que nos sean repartidas las tierras, que no serán muchas. Una parte será para comprar caballos de los que nadie quiere domar. Si tú nos ayudas a domarlos, te daremos el veinticinco por ciento de la cosecha de las tierras por un año, eso será tu paga. Y después tú dirás si quieres seguir con nosotros.

Yo por mi parte aprendí del pueblo lo que ellos sembraban. Aparte, cuando visitaba a la madre de Casimiro me quedaba un rato pa´ ver cómo hacían sus siembras de algodón y cuáles eran sus temporadas.

Otros campesinos sobrevivientes de la revolución que trabajaron en la hacienda, hicieron lo mismo que yo.

Un día que regresé ya habían reconstruido la hacienda, no como antes,

pero ya estaba de pie.

Yo les pregunté:

—¿Cómo restauraron la hacienda? Pos se quemó todita.

Ellos dijeron:

—Levantamos un cuarto grande de adobe donde dormir. lo que nos importaba era la siembra. Y así empezó todo. Pronto levantamos un granero pa´ almacenar el algodón y un corral pa´ que no se escaparan los animales y también una letrina.

Yo me puse lista en mi rancho. Empecé por lo más barato que eran conejos. Los criaba y después ya no hallaba qué hacer, se iban por todos lados. ¡Ah canijos, cómo se reproducían!

Después intercambiaba a otros pueblos conejos por gallinas. También ya no hallaba qué hacer con tanto huevo. Intercambié gallinas por chivas. Luego hice lo mismo con las chivas por una vaca y después por otra. También intercambié animales por un caballo pa´ que descansara el pinto. Y así me fui. Trabajé y trabajé de sol a sol.

En la hacienda, cuando tuvieron sus primeros caballos, el indio se dedicó a domarlos. También intercambié animales con ellos por caballos.

Luego ya tenía carreta. Intercambié animales por semilla para sembrar más algodón. Tuve un par de bueyes y así fue que me levanté.

Ya en mi casa, tenía trabajadores. Unos cuantos que también yo enseñé a sembrar y cosechar la tierra. Tenía también vacas suizas que daban harta leche.

Un día que fui a la hacienda, me preguntaron los españoles:

—¿Qué pasa con tu vida? Ya estás en edad de casorio.

—Sí hay hombres buenos, pero tienen muy arraigado lo de machistas, y eso no me gusta.

Ya había aprendido a ser independiente. No aceptaba que un hombre me mantuviera. Y sí andaban unos cuantos. Sabía que, al estar casada con uno de ellos, a la larga, tendría que ser sumisa, como lo fue mi

madre con mi padre, y como eran muchas mujeres del pueblo.

Les dije:

—Yo no necesito nada de un hombre más que compartir un sentimiento, eso que le llaman amor.

La española me dijo:

—Mi marido es el de la carga. Yo ayudo. Es casi igual mi relación que las del resto del pueblo.

Yo dije:

—Será el sereno. Si no encuentro a alguien parejo de igual a igual, le puedo seguir así. Me ocuparé de mi vida trabajando.

5. EL AMOR LLEGA A MI VIDA

Ocupándome de mi casa y las tierras. También tuve mis fracasos de escasez porque no llovía, y también de pozos que abríamos y no sacábamos ni gota de agua. De cosechas que se echaron a perder, pero también tuve y tengo mis buenos tiempos. De los malos se aprende y se hace lo que no se debe y de lo bueno se disfruta mucho, muchísimo.

Ya tenía 21 años, y llegó al pueblo, pos gente de afuera. Se establecieron pa´ hacer negocio con las siembras. Entre ellos se fue a vivir un fotógrafo y estaba viudo. Me estuvo rondando un tiempo y también el hijo del juez que era muy justo.

El fotógrafo se llamaba Telésforo y tenía un hijo de siete años. Una buena persona, diferente a los del pueblo.

Los dos hacían su lucha enamorándome. Eran muy caballerosos y atentos. Yo siempre andaba de prisa montando mi caballo.

Un día los puse a prueba. Los hice enojar harto a los dos. Por supuesto a cada uno por separado y aparte los dejé plantados.

El hijo del juez se enchinchó y me agarró tirria, sin embargo, el fotógrafo, no.

Él me dijo:

—No importa lo que me haga y me diga. Un día ganaré su amor.

Yo lo veía que era muy bueno conmigo. Me lo encontraba a él y su hijo seguido en la iglesia, sobre todo los domingos y llegábamos a la plazuela y comíamos un elote de esos que vendían.

Lo invitaba a mi terraza a él y su hijo. Me explicaba de todos esos químicos que se usaba para tomar fotografías y todo el proceso para revelarlas. Hasta me llegó a tomar fotos en la kermés del pueblo. Todas sus pláticas eran de admiración para mí. Se ganó mi confianza.

En el pueblo no era bien visto que una mujer hiciera pasar a un hombre a su casa. En la mía entraba y salían trabajadores, todo el pueblo podía entrar, eran bienvenidos. Sólo en un principio rumoraban y después vieron que todo era respeto.

Un día le enseñé mi libro egipcio. Y le conté que una vez mi padre fue con unos latifundios a intercambiar carbón por comida y los vio jugar cartas y entre las cosas que le dieron se las ofrecieron. Dijeron que se entretuviera con ellas, era para apostar. Una de las mujeres de los latifundios dijo que no todo era cierto, que esas tenían poder de adivinación y pos yo empecé a jugar y adivinaba, pero dejé de creer cuando mi madre murió. La verdad me la dijeron las cartas, sin embargo, no quise saber más.

Le enseñé un libro que hablaba sobre eso y él estaba de acuerdo, que no era cosa de locos y que eso existía y había gente de la adivinación. Ya era uno con quién compartía mi secreto.

Pasamos momentos muy bonitos. En esos tiempos todo era rápido. A las muchachas luego luego las robaban o pedían matrimonio. Y eso me pasó con Telésforo.

La verdad me emocioné cuando me lo pidió y sentí que no debía de dar respuesta pronto y ahora me tenía que poner a prueba yo.

Le dije:

—Eres muy gentil de ver en mí como una esposa y madre de tu hijo, pero tengo qué hacer algo de mi parte. Pronto le daré una respuesta.

Un día llegó el tren y fui a recibir a unos que querían comprar algodón y llevárselo a otras tierras. Yo estaba muy contenta de recibirlos. Los hombres fueron bajando del tren y también lo vi a él, era Casimiro, por cierto, muy cambiado. Ya no andaba en huaraches ni traje de campesino. Era un citadino. Yo me hice la que no lo vi. Me causó un

poco de enojo porque no regresó y además acá andaba su madre. Y me voltee del lado contrario, no tanto pa no perder de vista a mis clientes.

Que se baja y va directo a mí. Se acercó y no me moví.

Me dijo:

—María Raquel Ascensión. La misma de siempre.

Yo la verdad. le contesté muy enojada.

—Ya ni friegas Casimiro, tu sí que la muinas. Nunca volviste. Y se ve que ni siquiera buscaste a tu familia.
—Si busqué y me acabo de enterar que vive mi madre, por eso regresé. Y para decir la verdad, también regresé por ti.

—No, no cambies la conversación. En mucho tiempo no volviste.

—Pos como no, si yo tenía pensado un día volver. Y ya estoy aquí. Vengo a pedir perdón a ti y a mi madre, por no llegar antes. Nunca dejé de buscar a mi familia.

—Ella está con los españoles. Trabaja ahí.

—Vamos a la hacienda, ven conmigo.

—Antes tengo que hacer trato con ellos. Cosecho algodón y ya me compran de otras partes.

—Ve y haz trato, luego yo te contaré lo que fue de mi vida y a qué me dedico.

—Segurito te casaste Casimiro.

—¿Entonces sientes lo mismo que yo? —preguntó muy acertado.

Yo hice señas a mis clientes de que era yo la del trato. No nos movimos de la estación y aceptaron ver mi cosecha.

Casimiro nos acompañó. Tomó permiso de manejar la carreta y yo no acepté.
Llegamos a la casa y mostré cómo cosechábamos y limpiábamos el algodón. Para no hacerla de largas, les di precio y ellos aceptaron. Se fueron a una casa donde hospedaban a forajidos. Casimiro y yo

agarramos los caballos y nos dirigimos a la hacienda. La madre de Casimiro cocinaba para los españoles. Cuál sería la sorpresa de ver a Casimiro, que hasta soltó la cazuela de barro.

—¡Casimiro! —gritó ella con un gusto.

Se abrazaron y se dieron picotones en sus mejillas y no paraban de llorar. La madre le explicó:

—Tu hermano está vivo más al norte. Se juntó con una buena mujer y viven muy bien.

Los españoles les hicieron un gran banquete para celebrar y hubo música y vino. Ese día todo fue felicidad. Disfrutamos tanto. Yo tenía que regresar a casa y antes Casimiro me dijo:

—Yo tengo que decirte, que no conocía el amor, hasta el día que llegaste a la hacienda. No, de esos enamorados que se besan y se abrazan, sino uno que te entendió en todo y hasta por qué temías y cargabas tu carabina. Ese que conoció todo de ti. Tu valentía y eso de ser aguerrida. De tus momentos de tristeza como tu cardenche con el que llorabas en la revolución. En esa simpleza de ser mujer. Eso de acompañarnos uno y otro de no decir nada.

Yo sé que no eres capaz de expresarte como yo lo hago, pero sé que sientes lo mismo.

—La verdad, que ya me hiciste llorar de la alegría y de que quiero decirte, que yo también siento lo mismo. Que me ronda un fotógrafo llamado Telésforo. Aquí juntito a mi corazón sentía apretujado y decidí esperar. Él me pidió matrimonio y le dije que me diera tiempo.

—Alguno de los dos tenía que perder —dijo Casimiro. Esta vez no fui yo. Así que la pregunta es ¿Te quieres casar conmigo?

—Claro que sí, pos cómo no.

—Yo en la ciudad trabajo con los banqueros. Aprendí, porque conocí a un señor que manejaba las diligencias del banco, cuando andaba buscando a mi familia. Trasportaban el dinero y otras cosas. Tenían problema en el recorrido con algunos caballos. Ese día yo los corrí, para que llegaran a tiempo. Me dieron trabajo y poco a poco fui aprendiendo y también de la administración. Así que empecé desde abajo hasta que el dueño del banco me dijo que estaba listo para

manejar los dineros.

—Tenemos que hablar de eso ahora. De donde queremos vivir. Te conozco María Raquel. Seguro será lo que tú decidas.

—Pos, yo digo que la vida del campo es muy bonita y más sana. Eso sí, se trabaja mucho. Además, tus tierras son muy prósperas, de eso me encargué yo.

—Entonces nos quedamos en el campo. Lo hemos decidido —afirmó Casimiro con gusto.

Me dio mi primer beso y abrazo.

—¿Y el alazán? —pregunté.

—Corre las diligencias del banco. Además, es el líder. Un día tendrá que retirarse y descansar sus últimos días. Aún está joven y puede con eso y más.

Ese día me encaminó a la casa y luego regresó con su madre a la hacienda.

Al día siguiente lo primero que me propuse fue ir hablar con Telésforo y contarle todo.

Salí temprano de la casa y fui a su estudio donde hacía las fotos. Él estaba en la puerta, ya me esperaba. Me bajé del caballo y lo primero que me dijo fue:

—Lo sé todo, igual que todo el pueblo. Regresó Casimiro y era de esperarse. El pueblo contó que fueron inseparables y lo que pelearon en la revolución. No te preocupes por mí. Yo sé perder. No puedo ser tu amigo, por respeto a Casimiro. Llévate en tu corazón mi admiración, que cualquier dificultad que llegues a tener, yo estaré ahí para ayudarte, si es posible. Me tomará un tiempo aceptarlo. Así es la vida, no siempre se tiene lo que se ama. Ya pasará todo. No te quito más tu tiempo. Sigue tu camino y sé que Dios te bendice. Disfruté mucho conocerte. Un recuerdo más que no olvidaré.

—Te agradezco Telésforo. También serás un recuerdo que no olvidaré.

Seguí mi camino con algo de tristeza, pos no era justo hacer creer que podía ser mi esposo, pero él lo aceptó.

Mi situación ya era otra.

Pronto se corrió la voz de que ya estábamos comprometidos Casimiro y yo. Ya teníamos fecha pa´l casorio. Y decidimos escoger la fecha de la revolución, pa´ un 20 de noviembre.

Yo la verdad quise que se hiciera igual que la de Leodegario mi hermano, pero más comida y más alcohol, pa´ que fueran bienvenidos todos los que llegaran de otras rancherías. Que se celebrara la revolución al mismo tiempo que mi boda.

Se hicieron los preparativos muy coloridos. Se adornó con palomas blancas de papel por lo de la boda.

Y que se arma la fiesta. Desde que salí de mi casa acompañada de mi padre, al fin apareció.

Un día lo vi haciendo trueque con carbón y animales. Ya ni se acordaba de mí. Cuando lo encontré nos perdonamos y a partir de ahí nos frecuentamos y no nos dejamos de ver.

A Casimiro lo acompañó su madre. Y me esperó en la iglesia vestido de revolucionario.

Nos casó el cura que me enseñó a leer y escribir y nos echó la bendición.

Leodegario fue mi padrino de anillos y el indio mi padrino de arras.

La música sonaba por todas partes. Gente que llegaba de las rancherías y otros pueblos. Había pa´ chupar de todo, desde sotol, vino… de todo había.

La fiesta se acabó y la gente de otros lados no se iba. Se quedaron hospedados donde pudieron y seguían enfiestados.

Muy bonitos días fueron esos.

Ya casados hicimos muy buena mancuerna Casimiro y yo. En todo.

Yo aprendí de la siembra y la cosecha y enseñaba a otros. Casimiro era bueno para administrarla.

6. DEL TIEMPO A LA FECHA

Vivimos felices muchísimos años hasta que mi esposo falleció a los 101 años y tuve 11 hijos de los cuales viven nueve. Muchísimos nietos, bisnietos y lo que le sigue.

Eso que dicen que la felicidad no es para todos y que solo se vive en las películas es mentira. No sé si fue el destino, pero la convivencia de ser uno con el otro y de vivir lo que vivimos Casimiro y yo, fue el broche que hizo clic en el amor.

Casimiro me enseñó lo que no conocí en mi casa, en mi niñez.

Ahí solo sabía que la mujer tenía que ser sumisa y hacer lo que el hombre decía y pos no ser nada.

Casimiro me mostró a ser uno mismo con esa libertad en los tiempos que no se podía.

Respetaba mis decisiones. Siempre en común acuerdo. Había veces que yo accedía, porque él también tenía razón.
Conocimos el amor juntos desde que éramos unos chamacos. Nunca aceleramos nada. Aprendimos de los ritmos y tiempos de la vida y los vivimos con alegría siempre en las buenas y en las malas.

El amor prevaleció cuando no fuimos nada y cuando tuvimos todo, y digo todo a eso de sentirse completo.

F I N

GLOSARIO

¡Achis! : interj. Méx. Expresa sorpresa o protesta por algo.
Amuinar: Causar enojo.
Ansina: adv. Así.
Argüendero, a: adj. Méx. Chismoso.
Atarantar: Aturdir.
Atiriciado, -a: adj. Méx. Referido a persona triste y melancólica.
Canijo: adj. Méx. Que es desalmado.
Carabina 30 30: Méx. Es un nombre por el que se conoce el fusil Winchester modelo 1894.
Cardenche: Méx. El canto cardenche, trasmitido de una generación a otra. Su nombre remite al cardo, una planta de espinas que al pinchar causa dolor. Las canciones se interpretaban después de duras jornadas en el campo y se distinguen por el sentimiento desgarrador que trasmiten quienes las interpretan.
Chotis: Baile que fue introducido en México hacia 1850, en los salones de baile frecuentados por las clases bajas. Un estilo más rústico se popularizó en las fiestas caseras y en los bailes públicos. Se conserva en el norte de México, en particular en los estados de Chihuahua, Nuevo León, Tamaulipas, Durango, Sinaloa, Zacatecas, con estilos propios de cada lugar.
Coscorrón: Golpe doloroso, aunque no muy fuerte, dado en la cabeza con los nudillos de la mano cerrada.
“Dar vuelo a la hilacha”: Expresión mexicana. Dar rienda suelta a un deseo o comportamiento.
Enchinchar: Enojarse con facilidad y por motivos superficiales.
Enagua: Prenda de ropa interior femenina, generalmente blanca y de algodón, con encajes o bordados.
Guaje: Es el nombre que recibe esta especie de “cantimplora” ancestral que mantiene el agua fresca y se utiliza en labores del campo.

Luego luego: Expresión mexicana que significa “inmediatamente” o “enseguida”.
Respingar: Expresión coloquial. Que protesta mucho o muestra frecuentemente inconformidad.
Rielera: Mujeres del campo y de los sectores urbanos más pobres que fueron forzadas a unirse al ejército revolucionario siguiendo el camino de sus mandos.
Salir con su batea de babas: Expresión mexicana que significa “salir con su tontería o algo estúpido e inesperado”
Testarudo, -a: adj. Que se mantiene firme o inamovible en su actitud, aunque se le den razones en contra.
Tinaja: Vasija grande de barro cocido, mucho más ancha en su parte central, que se usa para guardar agua u otros líquidos.
Tirria: Coloquial. Sentimiento de antipatía que una persona siente hacia alguien o algo, especialmente cuando es injustificado o irracional.
Trinchera: Se domina trinchera a la zanja defensiva que permite disparar a cubierto del enemigo.
Volado: Expresión mexicana. Persona coqueta y susceptible a elogios.

NOTA: Algunas de estas expresiones, mexicanismo o vocabulario se usan muy poco ó están en desuso en la actualidad en México.